



**VOL. 17, N° 2 (mayo-agosto 2013)**

ISSN 1138-414X (edición papel)

ISSN 1989-639X (edición electrónica)

## RECENSIONES

*Reviews*



**Aiello, B.; Borel, M.C.; Iriarte, L.; Montano, A.; Sassi, V. y Yasbitzky, A.C. (2012). *Miss school. A pedagogic device in order to training teacher*. Buenos Aires: Jorge Baudino Editores, 226 pp. ISBN: 978-987-1788-10-1**

Dice un fragmento del prólogo: “Extrañar la escuela refiere a un doble sentido: por una lado, causar extrañeza, como el intento de distanciamiento y de construcción de una mirada virgen de una institución conocida y familiar como es la escuela [...] Por otra parte, la noción de extrañar habilita a remarcar el sentimiento de *falta* de escuela [...] Y esto en dos direcciones. La primera, asociada a la manera abstracta y descontextualizada con que los contenidos suelen presentarse en los programas de formación docente [...] la escuela es ese lugar que falta, que se escapa o se escurre de los programas de formación docente de la universidad. La segunda dirección se orienta a reconocer las fuertes marcas que el paso por la escuela deja en nosotros, huellas que encarnan en nuestros cuerpos como saberes y representaciones prácticas que se reactualizan al momento de intervenir como docentes”

Y ese “extrañar la escuela” deviene en un dispositivo pedagógico que las autoras, integrantes de la cátedra de Teoría Educativa del Departamento de Humanidades de la Universidad Nacional del Sur (UNS), Argentina, vienen poniendo en práctica desde hace ya varios años.

El libro se presenta dividido en dos partes. La primera, titulada “El escenario de una construcción pedagógica”, comprende los tres primeros capítulos y está destinada a situar la experiencia en espacio y tiempo.

Como quien se acerca a una escuela por primera vez, y explora el barrio donde está emplazada, transita las calles aledañas, examina la fachada del edificio, franquea la puerta de entrada y camina por el pasillo que conduce al aula, del mismo modo el primer capítulo recorre el contexto institucional dentro del cual se enmarcan las experiencias formativas que serán objeto de descripción y de análisis: un breve relato histórico sobre los orígenes y la trayectoria de la UNS, y en particular, de sus políticas de formación de docentes, aparecen como marco ineludible a la hora de explicar la propuesta de la cátedra, pero también, desde un punto de vista metodológico, nos advierten acerca de que resulta impensable comprender situaciones y sucesos presenciados en la actualidad sin considerar la dimensión temporal.

En el segundo capítulo, las autoras describen y fundamentan las distintas decisiones curriculares que fueron tomando para sostener una práctica de la enseñanza universitaria significativa hasta llegar, en el capítulo tercero, a la presentación del dispositivo pedagógico que denominan “Volver a la escuela”.

¿Qué podemos mirar, que no hayamos visto antes? se preguntan los estudiantes de profesorado, que hasta hace poco tiempo estaban en ese lugar, aprobando o desaprobando evaluaciones, levantando la mano, esperando, ahogando algún que otro bostezo, grabando nombres e inscripciones en la superficie de los bancos, en las paredes, en los baños.

¿Por qué volver a mirar lo conocido? diría Elsie Rockwell. Claro que no se trata de mirar de la misma manera, sino de *extrañar la mirada*.

Para el formalismo ruso, una de las funciones primordiales del arte y de la literatura era provocar en el espectador o el lector un efecto de extrañamiento frente a lo cotidiano, desautomatizar la percepción de la realidad y desnaturalizar la relación con el lenguaje. Recuperar esa mirada extrañada, semejante a la de un niño que está descubriendo las palabras, o a la de un extranjero que observa con curiosidad las costumbres de una cultura a la que no pertenece. En el caso de Teoría Educativa, esa mirada extrañada sobre la escuela se va construyendo con el soporte de conceptos teóricos que, explicitados en el libro, contribuyen a poner las instituciones escolares bajo la lupa.

¿Y qué aspectos de la cotidianeidad escolar quedan al descubierto cuando se acerca la lupa? La respuesta queda develada en la segunda parte del libro, que lleva como título “Analizando la cotidianeidad escolar”.

En el capítulo 4 se analizan las relaciones de poder en las escuelas, manifiestas en los estilos de conducción, las acciones y reacciones de los actores involucrados, la toma de decisiones, la distribución de recursos y espacios, los modos de calificación y evaluación de los alumnos y de docentes, entre otros.

El siguiente capítulo se abre con un interrogante: ¿Es pertinente suponer que el espacio escolar puede definirse como un contenido pedagógico? O, dicho más claramente, ¿por qué estudiar el espacio escolar en Teoría Educativa? Y aparece, entonces, la expresión de la convicción de que las prácticas educativas no pueden ser comprendidas en abstracto, sino contextualizadas en un espacio y en un tiempo. Entre las razones que justifican estudiar el espacio escolar desde una perspectiva pedagógica, las autoras privilegian el darse cuenta de que el espacio físico y sus componentes son productores de marcas y signos que se inscriben en la subjetividad de quienes lo habitan pero que también son portadores de huellas de la actividad vital desplegada por esos mismos sujetos.

El capítulo 6 se ocupa de lo cotidiano y los rituales escolares, ese conjunto de conductas estereotipadas, que se desarrollan en tiempos y espacios propios, suficientemente regulares y previsibles, a la par que definen los roles de los sujetos y transmiten en forma más o menos tácita ciertos contenidos. Rituales del espacio y del tiempo, que operan en la fragmentación de ambas dimensiones, rituales de domesticación de los cuerpos, rituales de las distinciones, de los premios y castigos, las efemérides y los actos escolares.

“La escuela en celeste y rosa: miradas pedagógicas en clave de género y violencia” es el título del séptimo capítulo. El reconocimiento de la existencia real y concreta de relaciones de género basadas en la dominación y el sexismo condujo al equipo de cátedra a la necesidad de abordar en paralelo la noción de violencia, y esto exige hablar del uso directo de la fuerza, de manera manifiesta o implícita, para obtener de un individuo o de un grupo aquello que no quiere dar libremente.

Y así como los estudiantes se preguntan, antes de visitar la escuela, ¿qué podemos mirar que no hayamos visto antes?, nosotros podríamos preguntarnos ¿qué encontrar en un nuevo libro sobre formación de docentes, que no hayamos leído antes?

La pluralidad de miradas y la diversidad de voces, podría ser la respuesta.

A lo largo del libro se van anudando varias voces: las de las autoras -Berta Aiello, Cecilia Borel, Laura Iriarte, Andrea Montano; Viviana Sassi y Ana Clara Yasbitzky- que a veces narran, otras explican, en todo momento reflexionan; también las voces de otros docentes, de especialistas citados, una multiplicidad polifónica.

Y las voces de los estudiantes, claro, voces reflexivas, sorprendidas o desenfadadas cuando la consigna habilita otros modos de decir la escuela, y el lenguaje se aparta del lugar común y de las asociaciones fijadas por la costumbre. Ese es el caso de Nicolás, que escribe sus “instrucciones para ser abanderado”.

“Ante todo sea sumiso. Siéntese en la primera fila, si es posible frente al docente. Y responda a todo lo que este pregunte; aunque no lo sepa, levante la mano. Recuerde que son importantes la pulcritud y el aseo personal. Es sabido que todo maestro o profesor elige para la bandera a quien mejor da en las fotos. Así que báñese con frecuencia, lávese la cara y, en la medida de lo posible, los dientes todos los días. También (esto agrega puntos en su cuenta), péñese seguido (si es con gomina, el mástil es casi suyo)”

Además de voces, hay escucha y también miradas, pero se trata menos de la suma cuantitativa de voces y miradas que del modo en que los sentidos se posicionan, al punto que esta circunstancia constituye una opción epistemológica. Digo esto porque el libro está recorrido por un modo de escuchar y una manera consciente de ajustar la mirada para retornar al lugar de nuestros desvelos: la escuela, con sus espacios, las prácticas que en ella se desarrollan, los recurrentes rituales, los cuerpos que toman sus posiciones.

Y están también las voces de la literatura, en algunos epígrafes felizmente hallados, epígrafes que anticipan, suscitan hipótesis de lectura, provocan desconcierto. Y, al final del libro, una selección de textos literarios que, con esa mirada propia del lenguaje poético también nos descolocan y nos hacen volver a visitar, de un modo nuevo, aquellos lugares que creíamos conocidos, porque es sobre todo el arte, como creían los formalistas, el que ayuda a remediar el automatismo de nuestra percepción.

Mientras este libro circula impreso, en fotocopias anilladas, en formato electrónico o de boca en boca, resulta importante resaltar la importancia que tiene la escritura de un texto para quienes hacemos docencia e investigación.

Más allá de la difusión del texto producido, la escritura es valiosa para quien escribe. Si la escritura reestructura la conciencia ya que exige al escritor tomar decisiones, distanciarse y sostener una mirada crítica sobre los hechos; si la escritura de textos narrativos, en especial, es uno de los modos fundamentales de organizar la experiencia vivida, darle sentido a la historia, generar formas de comprender, interpretar el mundo, de conocerlo; si el juego con las distintas voces y miradas permite cruzar objetos e ideas al sacarlos de los lugares del sentido común que los petrifican, podemos estar seguros de que, ahora, también las autoras de este libro pueden mirar la escuela con otros ojos.

**Marta Negrín**